



REVISTA DE FILOSOFÍA



IMMANUEL KANT
300 AÑOS

Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Maracaibo - Venezuela

Nº ESPECIAL

2024

Revista de Filosofía
Vol. 41, Nº Especial 2024, pp. 60-67
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela
ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

Kant, Europa, Alemania, y nosotros

Luis Vivanco Saavedra
Escuela de Filosofía
Universidad del Zulia
Maracaibo – Venezuela

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.14503822>

Recibido 15-02-2024 – Aceptado 15-05-2024

1. ALEMANIA ANTES DE KANT

Para empezar a hablar de la Alemania de Kant nos remontaremos a 2000 años atrás. ¿Qué había en Europa entonces? Estaba el Imperio romano, principalmente mediterráneo. Sus zonas aledañas eran diversos territorios que hoy son países consolidados y modernos. España, Francia, Gran Bretaña, países bajos... En Oriente estaban Grecia, Asia menor, hoy Turquía, y el Levante (Siria, Judea, la Mesopotamia dominada por los persas). Al sur: África y Egipto. Y al norte, principalmente *Germania*, que abarcaba en mayor parte lo que hoy es Alemania.

Excepto al sur, el país alemán tiene pocas montañas, colinas suaves, y llanuras onduladas. El relieve y los ríos (el Rin y el Danubio, principalmente) hacen fronteras naturales entre grupos humanos y sus asentamientos. Era el territorio que ocupaban los pueblos germanos: distintos grupos y comunidades muy divididas y seminómadas, que solían emigrar de unas zonas a otras, asentándose permanentemente en ciertos lugares como la cuenca del río Rin. El carácter del pueblo alemán proviene de esos primeros tiempos, y en buena parte de la influencia del medio. La tierra es allí generosa si se la trabaja con disciplina.

El desarrollo de los pueblos germánicos en el primer milenio de nuestra era fue desigual. Unas comunidades evolucionaron más que otras. A diferencia de otros pueblos, que se unieron frente a retos y amenazas externas, los germanos carecían de unión entre ellos que les ayudara a alcanzar metas y proyectos mayores y fundamentales. Por eso, los germanos y después los alemanes, así como los italianos, tardaron siglos en convertirse en Estados.

Si comparamos con otros países del mundo, vemos que el imperio chino ya era un Estado antes de Cristo, y en Europa eran Estados ya en el siglo XVI, España, El Reino Unido y Francia. En América, lo fueron a fines del siglo XVIII Estados Unidos y Haití, y casi todas las repúblicas de Hispanoamérica lo alcanzaron a inicios siglo XIX. Alemania vino a ser un

Estado en 1871, cuando Venezuela y casi todas las naciones americanas ya tenían generaciones naciendo bajo Estados independientes y constituidos.¹

A pesar de lo dicho, las comunidades alemanas estaban en general muy organizadas y algunas fueron pioneras en derechos políticos y ciudadanos muy avanzados. Pero eran *treintainueve* Alemanias las que había, desde una pequeña ciudad hasta otras del tamaño del estado Zulia o más grande aún, con varias ciudades y alta producción económica. Cada una de esas Alemanias tenía sus propias leyes, moneda, y hasta su propio dialecto alemán, en el cual publicaban sus libros. Este detalle, sobre la lengua y los libros, es importante, porque, a pesar de ser una nación dividida en tantas unidades separadas, durante toda la edad media su población y sobre todo sus sectores más cultos fueron adoptando formas avanzadas de organización y administración, como el derecho romano.

Y esta es una de las paradojas de la historia, y no solo la historia de Alemania sino de muchísimos otros pueblos del mundo: empiezan resistiendo lo que se les impone como colonización y después acaban abrazando y enriqueciendo lo que recibieron de esa colonización.

Ha ocurrido en Asia, con las naciones que política y culturalmente colonizó China y que adoptaron las tradiciones de pensamiento y hasta las formas de escritura de China. Ocurrió en los países conquistados por los árabes en el siglo VII y que, sin ser árabes, se convirtieron en países de cultura y lengua árabe también. Y sucedió en Alemania, que, de resistir fieramente la conquista del imperio romano, después se enorgulleció y lo sigue haciendo, de los restos de la cultura romana en su territorio.

Por otro lado, el proceso civilizatorio en las regiones germánicas fue lento, y durante el primer milenio de nuestra era y el resto de la edad media, Alemania, como la mayor parte de las naciones de Europa occidental y sobre todo oriental, tuvo una vida precaria bajo el sistema feudal.

No había grandes riquezas (de hecho, en pocas partes circulaba moneda misma), pero ello no impidió que se desarrollaran destrezas en la producción agrícola y pecuaria, así como en minería y pudieron comenzar algunas industrias. Si bien, no inventaron la cerveza, los alemanes la desarrollaron mucho más, prácticamente al nivel que hoy la disfrutamos (y que Kant también disfrutaba). Y también produjeron excelentes vinos y comidas que hoy son justamente célebres.

En cuanto a la cultura formal, aunque en la Alemania medieval hubo escuelas y aún universidades, como la de Heidelberg, la mayor parte de la población carecía de instrucción elemental. No obstante, hubo grandes poetas, como Walther von der Vogelweide, Neithardt von Reuenthal, Wolfram von Eschenbach, y otros. Es decir: había una sensibilidad germánica, una Alemania que cantaba y poetizaba.

Políticamente, durante la edad media muchos de los territorios alemanes pertenecieron al *Sacro Imperio Romano Germánico*, que ni era muy sacro, ni muy imperio, ni menos romano, aunque sí germánico, puesto que abarcaba no solo lo que hoy es Alemania sino otros territorios más que hoy forman parte de Austria, República Checa o Suiza, y otros países. En conclusión, puede decirse que, aunque Alemania a fines de la edad media no estaba unida, al menos ya era una nación preparada para los cambios que se avecinaban.

¹ Italia realizó su unificación diez años antes que Alemania, en 1861.

2. ALEMANIA Y LA EDAD MODERNA

Fue en Alemania donde, en el siglo XVI, ocurrió la *Reforma luterana*, que cundió en ese país originando un espíritu de rebeldía y reciedumbre. Algunos Estados de Europa, como España y Francia, se opusieron a dicha *Reforma*, pero los británicos la aceptaron, y otros reinos como Suecia y Dinamarca se hicieron luteranos también. Era la primera vez que, en Europa, los alemanes tenían cierta vanguardia cultural de tipo religioso, aunque en lo científico, académico, en erudición, y en técnica, la delantera la llevaban España y Portugal. De hecho, Martín Lutero daba importancia a la instrucción y quería que en toda localidad alemana hubiese una escuela elemental, pero quien más se ocupó de organizar la educación formal en los Estados alemanes fue su lugarteniente Felipe Melancthon, quien desarrolló una escolástica reformada, casi paralela a la escolástica católica. Aunque su modelo educativo ya no tuvo como centrales muchos temas y énfasis que eran tradicionales en el estudio de las ciencias y las artes del resto de occidente, sí mantuvo la importancia del estudio de las lenguas antiguas y los autores clásicos. Este énfasis en la educación pública a partir del siglo XVI hizo que Alemania, que era un país de segundo orden en desarrollo científico y técnico, se convirtiera en el país de mayor difusión y cultivo de las ciencias, las técnicas y la industria ya en el siglo XIX. Pero me estoy refiriendo de manera fácil a un cambio que ocurrió en trescientos años, y que todavía en época de Kant estaba lejos de materializarse.

Ese cambio mencionado se pudo ir notando en el diferente grado de progreso en cada una de los Estados que componían la Alemania de esos siglos. De ese progreso participó un territorio alemán que lucía no solo alejado de cambio y progreso sino de resto de la misma Alemania: Prusia.

3. PRUSIA, LA TIERRA NATAL DE KANT

El Estado de Prusia nació de las conquistas que hicieron los alemanes del norte sobre los pueblos bálticos. Tras vencer a estos, trajeron colonos alemanes que poblaron la región, guiados por guerreros de una orden religiosa y militar muy poderosa: los *Caballeros Teutónicos*. Estos levantaron a Prusia como una entidad poderosa, bajo su primer rey, Alberto I.

Los prusianos asumieron su identidad alemana con entusiasmo, y bajo el gobierno firme de sus monarcas crearon una sociedad organizada en la cual existía la capacidad de ascender socialmente por medio del esfuerzo y el mérito.

Prusia acogió con entusiasmo el énfasis de la Reforma luterana sobre la difusión de la instrucción pública. Aparte de muchas escuelas, en 1544, en Königsberg, capital de Prusia, se fundó la universidad Albertina. Allí estudiaría Kant dos siglos después.

Otro factor importante en el desarrollo de Prusia, que devino en factor importante del desarrollo de toda Alemania, fue el ascenso al trono en 1740 del rey Federico II, apodado después Federico El Grande. Su padre y antecesor, Federico Guillermo I, fue llamado el “Rey Sargento”, y con cierta justicia, puesto que fue quien organizó el ejército prusiano como un instrumento moderno para la defensa, orden, y expansión política de Prusia. Ambos monarcas, a pesar de marcadas diferencias entre ellos, entendían que Prusia, siendo un

Estado pequeño, periférico y alejado del resto de Alemania y sobre todo del centro de la misma, era un territorio vulnerable, sobre todo ante las ambiciones de vecinos importantes, como el reino de Polonia o el imperio ruso. Federico el Grande empleó ese ejército como instrumento militar, y con gran maestría convirtió a Prusia, de ser un Estado aledaño y secundario, en el reino más poderoso de Alemania y uno de los más fuertes de Europa.

Las victorias de Federico el Grande no fueron solo en cuestiones militares. Trató de llevar el progreso y los avances técnicos modernos a todos los rincones de su reino, así como al resto de los Estados alemanes que eran sus aliados. Fue el modelo emblemático del Despotismo Ilustrado. Mientras en Francia la monarquía languidecía y era inerte frente a las grandes y graves necesidades del país, y en Gran Bretaña los reyes poco alentaban una de las revoluciones mayores, más importantes y sobre todo benéficas (cosa que, en general, las revoluciones no suelen ser) como lo fue la revolución industrial que empezaba a transformar esa nación, en Prusia, Federico el Grande invitaba a sabios y emprendedores para que difundieran el espíritu moderno de desarrollo industrial, técnico y cultural. Es verdad que Prusia seguía siendo un Estado un tanto autoritario y de libertades medidas y limitadas (no olvidemos que, a pesar de ser *ilustrado*, seguía siendo un *despotismo*), pero lo era menos que otros reinos y Estados de Europa o del resto del mundo si es por eso.

4. LA FILOSOFÍA EN ALEMANIA

En lo que se ha escrito en líneas anteriores ya tenemos varias claves para entender mejor el contexto de Kant y para entender mejor a Kant mismo. Pero desde luego, faltan algunos factores, de tipo cultural y académico y de tipo personal y familiar. No creo que podamos entender del todo a Kant como ser humano, porque no es posible entender bien a nadie así, ni siquiera a nosotros mismos, pero hay ideas, y muchas y muy buenas, que nos ayudan a construir interpretaciones útiles en cuanto a lo que pretenden: entrar, contactar, imaginar la circunstancia de Kant: la circunstancia histórica de Europa y Alemania. Todo lo que nos ayude, en ese sentido, es provechoso.

Ahora bien, en cuanto a la filosofía como tal, en Alemania había habido pensadores filosóficos importantes antes de 1650, aunque eran pocos y algo aislados. Pero en el siglo XVII surgió un gigante: Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716). Podríamos pensar que con Leibniz empezaba Alemania a mostrar lo excelente, lo magistral, lo potente, lo alta que podía ser en reflexión filosófica. Pero creo que pensar eso sería equivocado porque, de hecho, Leibniz y sus ideas fueron poco conocidas en su tiempo y menos en Alemania. Ello en parte fue debido a su modestia. Alcanzó ideas importantísimas en matemáticas, pero no se dio mucho a la tarea de publicarlas. Otra cuestión fue que él era un hombre múltiple. Si hubiésemos preguntado en su época, entre las pocas gentes que le conocían, acerca de él, nos habrían dicho que era decididamente un gran político y experto diplomático, un aristócrata de primera, con inmensa capacidad de trabajo, y quizá poco más. (Fontenelle dijo de él: “Hay varios grandes hombres en Leibniz”, pues, aparte de lo nombrado, fue historiador, matemático, lógico, metafísico, apologista, moralista y jurista) Sobre todo, era Leibniz flexible y conciliador, todo lo opuesto a una mente fanática o maniática, que es lo contrario a lo que debe ser un pensar filosófico digno de tal nombre.

Hay que decir otra cosa: para el siglo XVII va a suceder un proceso curioso en lo que podríamos denominar con una expresión que personalmente detesto, aborrezco y abomino, que es “producción de conocimiento”. La “producción de conocimiento”, al menos de conocimiento científico y filosófico, conocimiento formal e intelectual, de sabiduría

fundacional, va a empezar a ser elaborada *fuera de las universidades*. No sé si es fácil darnos cuenta de lo que eso significa. Es como decir que la gente ya no compra el pan en las panaderías, sino que lo elabora en casa. Bueno, quizá no tanto como eso, pero sí esto: que, si el pan que nos venden las panaderías no nos satisface o no nos gusta, hay otros que lo preparan de manera mejor y hay otros que explican mejor el mundo y las cosas fuera del conocimiento disciplinado de las universidades. Así se comprende que la mayor parte de los grandes pensadores de ese siglo XVII y sobre todo del XVIII van a trabajar *fuera de las universidades*, es decir, por su cuenta.

Por su cuenta alcanzan grandes adelantos o novedades en matemáticas, en física, en astronomía, en química, en botánica, en filosofía, en historia, en geografía, etc. La cuestión para las academias va a plantear un dilema de principio: ¿deben aceptar esas nuevas ideas? ¿deben rechazarlas? En todo caso, parecía que, por solo empezar a pensar estos dilemas, ya tenían que discutir y debatir las nuevas ideas. Pero al hacer eso, ya estaban perdidos, pues les dieron a esas nuevas ideas un espacio en su mente y su reflexión, en su trabajo y su propio lugar; les otorgaron a tales nuevas ideas un carácter y un peso trascendental. Eso es lo que había que hacer, y mientras unas universidades se pusieron en seguida en eso, otras rehusaron hacerlo, rehusaron renovarse y se fueron quedando en el tiempo, pensando aún en Aristóteles, y en teorías antiguas sobre materia, matemática, metafísica, etc.

Ni Descartes, ni Malebranche, ni Espinosa, ni Leibniz, ni Locke, ni Berkeley, ni Hume, ni muchos otros tenían mayor contacto con academias y universidades, y estas los evitaban ignorándolos cordialmente o detestándolos formalmente. Pero ellos, esos pensadores estaban ocasionando un cambio de visión del mundo que era peligroso ignorar. Y las ideas de tales sabios podían ser además contradictorias entre las de unos y las de otros, de modo que tampoco se trataba de unos planteamientos unitarios o bajo una misma bandera. Eran ideas nuevas, audaces, muchas erróneas o sesgadas, distintas, pero las academias, con raras excepciones, no podían o no querían ponerse a lidiar con esos temas y quedaron al margen.

Nos da la medida de la inusual figura de Leibniz en la cultura alemana de su tiempo, que, de su inmensa producción de textos, solo publicó un libro en alemán (de hecho, publicó muy pocas cosas, y más que todo en latín y francés...). Muchas de sus ideas están contenidas en cartas a profesores, caballeros y damas estudiosas con quienes discutía sus ideas y las exponía de manera más clara. Pero en sí, Leibniz fue una figura solitaria, inclusive el día de su entierro, al cual, a pesar de ser un noble e importante personaje del reino, solo asistió su fiel criado.

Leibniz tuvo un sucesor importante en Alemania, que fue Christian Wolff (1679-1754). Aunque éste suele ser visto como seguidor de Leibniz, en realidad no era discípulo de él, y tuvo ideas propias y distintas a las de éste. En contraste con Leibniz, poco conocido por los alemanes, Wolff “fue el pedagogo de Alemania”², pues difundió sus ideas en alemán y en varias ediciones al alcance del público general. Escribió varios tratados sobre lógica, ontología, cosmología, y psicología racional que se vendieron y se leyeron por toda Alemania y otras latitudes.

² Cfr. Verneaux, Roger: *Historia de la filosofía moderna*. Editorial Herder, Barcelona, 1977, p. 111.

Kant estudió la obra de Wolff y lo elogiaba, llamándolo “el mayor de los filósofos dogmáticos”.³ Le atribuía el haber creado “... en Alemania ese espíritu de profundidad... por el establecimiento regular de los principios, la clara determinación de los conceptos, el rigor de las demostraciones, el modo de impedir los saltos temerarios en el desarrollo de las conclusiones, [para] emprender el camino seguro de una ciencia.” Según Kant, Wolff era el más preparado para emprender una crítica de la razón pura, pero no lo hizo.

Las ideas de Wolff se difundieron también en Prusia, y como ya hemos dicho, Kant lo leyó y estudió cuando asistió a una excelente escuela nueva pietista⁴ fundada justo a principios del siglo XVIII por Theodor Gehr (1663-1705) llamada *Collegium Fridericianum*, en honor al rey Federico Guillermo I de Prusia.

5. LA PERSONA DE KANT

En Kant se muestran varios aspectos de la modernidad hoy comunes, pero que en su época no lo eran tanto. En primer lugar, algo ya antes mencionado: el ascenso social. Aunque hubo en la historia filósofos pobres, generalmente los más provenían de familias acomodadas. Pero Kant fue hijo de una familia humilde. Su padre era artesano, y su madre venía de familia de trabajadores manuales y de servicio doméstico. Como muchas familias de su época, la de Kant fue grande: era el cuarto de nueve hijos, y tuvo hermanas que trabajaron como domésticas. Con ellos, Kant, no tuvo mucho acercamiento, debido a que su vida iba en otras direcciones. Pero hacia su vejez, se fue acercando más a sus hermanos y les ayudó, y a su muerte les legó su casa y sus modestos bienes. La familia de Kant era muy piadosa. Su madre era una ferviente pietista, e inculcó en Kant ideas de devoción y moral que influyeron mucho en él. Ella falleció cuando él tenía trece años.

Tras su educación secundaria en el *Fridericianum*, Kant entró en la universidad Albertina de Königsberg a los 16 años. El mundo académico de entonces no era tan distinto al de hoy: profesores contratados y ordinarios, concursos, pensiones, salarios razonables, etc.

Ahora bien, Kant ha sido y es visto como el gran cuestionador de la razón tradicional y moderna. Pero, hoy quiero poner el énfasis en otro Kant, que creo ha resistido mejor la crítica de la posteridad. Creo que es un Kant que puede contribuir mucho más a nuestra circunstancia actual, no solo en este mundo de conflictos, sino sobre todo en lo que subyace esencialmente a los conflictos, que es el mundo de las relaciones humanas, es decir, las relaciones de obligación, responsabilidad, deber, y preferencia de la mejor acción ética.

Me interesa destacar por qué Kant llegó a tan brillantes elaboraciones que hoy nos convocan y nos interesan, por qué pone el énfasis en ese mundo de la voluntad, tan de costumbre difícil de tratar y trabajar desde nuestro campo laboral de la filosofía. Y es importante saber que no se basa ni se construye ese impulso kantiano en una apelación a la sola razón pura, sino que tiene un arranque más existencial.

³ La palabra “dogmático”, en el léxico kantiano, significa aquél conocimiento que no examina sus condiciones y fundamentos de una manera crítica. Especialmente referido a la filosofía, Kant refiere que el dogmatismo en el conocimiento sería “el prejuicio de poder progresar en la metafísica sin una crítica de la razón” (Cfr. Kant, E.: *Crítica de la razón pura*, Prefacio a la 2ª edición)

⁴ El pietismo es una secta protestante fundada por Philipp Jakob Spener (1635-1705), y tuvo mucha difusión en Alemania en época de Kant.

Con todo respeto a la organización de este Foro, debo observar que la imagen de Kant que muestra el afiche de este evento es demasiado optimista y dista mucho de mostrarnos el Kant más verdadero, recogido en numerosas imágenes de más o menos expertos pintores, retratistas, dibujantes de siluetas, y caricaturistas. Kant no era ese apuesto joven de esa imagen. Más bien era, como nos recuerdan Oswald Külpe y otros: “... de complexión enfermiza y de menos que mediana estatura. Su pecho estaba hundido, como puede verse en algunos de los retratos que de él se conservan”; era, pues, de salud frágil, de poca talla, de aspecto endeble, y el pecho plano lo predisponía a dolencias y a la melancolía. Su madre había sido advertida de que su hijo Emanuel era débil de salud, y ya algunos de sus hermanos más sanos, habían fallecido antes que él, pues era común la alta mortalidad infantil en todo el mundo.

Así pues, al parecer, el niño Kant supo tempranamente de su debilidad, de su cercanía a la muerte. Ello, lejos de hacerlo sentir como víctima o pesimista, mostró en él al gran hombre que iba a ser. Kant determinó, con férrea voluntad, notable en un niño, que él iba a desarrollar en sí mismo todo lo que favoreciera su supervivencia y su conciencia. Quizá gracias a eso pudo llegar a los 80 años lúcido y sano, y además con una estatura moral admirable y ejemplar. Ello se muestra en múltiples detalles que no puedo relatar, pero cuya lectura recomiendo.⁵

Así, esta formación temprana del carácter modeló no solo la vida de este pensador, sino también muchas de sus ideas más luminosas y trascendentes, no contenidas en lo más famoso y profundo de su pensamiento, que son los análisis de los problemas de la razón pura, materia de su primera *Crítica*, sino presentes en sus otras dos *Críticas* (*Crítica de la Razón Práctica* y *Crítica de la Facultad de Juzgar*⁶) y sobre todo en la segunda nombrada, de 1788, que trata sobre el problema de la conducta y la libertad. Pero, aunque en esa obra profundiza y teoriza con densidad sobre el tema de lo moral y lo ético, muchas de las ideas que allí desarrolló ya estaban presentes y en alto y excelente grado en el Kant pre-crítico. Y aunque son varias importantes ideas, hoy quiero destacar una de ellas que creo más pertinente para nuestro tiempo y circunstancia.

Esa idea es la del uso público de nuestra razón. Kant cree que todo adulto debe usar la razón que le ha hecho ser la persona que es. No todos tenemos igual esa razón, pero todos tenemos el derecho y la obligación de pensar por nosotros mismos. Ese es el comienzo de la libertad de todo humano. Pero esa libertad ha sido reprimida por diversos poderes e ideologías a fin de controlar mejor a las personas.

Ahora bien, hay que distinguir entre lo que Kant llama el uso *público* de nuestra razón y el uso *privado* de ella. El uso público de nuestra propia razón (*öffentliche Gebrauch seiner Vernunft*) se ejerce fuera del puesto que se desempeña en la sociedad y las obligaciones que por él se contraen. Por ejemplo, un médico del Seguro Social puede escribir *públicamente* sobre las fallas de esa institución, y las mejoras que deberían hacerse, sin desvincularse de su responsabilidad y sus obligaciones en el desempeño de ese cargo. En este sentido, ese uso público de la razón entraña el ejercicio de la más seria crítica, hecha con responsabilidad, y buscando corregir lo que falla. Nada nos impide expresarnos contra los desmanes de una

⁵ Muchos de tales detalles están recogidos en la excelente y deliciosa obra *Los últimos días de Kant*, de Thomas de Quincey. Esta obra puede consultarse en su versión castellana en la página electrónica <https://es.scribd.com/document/462309624/Thomas-De-Quincey-Los-ultimos-dias-de-Immanuel-Kant>

⁶ A menudo traducida con el título de *Crítica del Juicio*. Prefiero el título que pongo en el texto.

gestión ineficaz y hasta perniciosa, argumentando y mostrando con nuestra razón pública los casos en que ello sucede en la realidad, sin contrariar nuestros deberes ciudadanos.

De más está decir que todo lo anterior nos obliga no solo a estar atentos a lo que ocurre en nuestro medio, sino que nos prohíbe ignorar lo que debemos saber sobre el estado de nuestra sociedad. Quizá para muchos en nuestro medio (y no nos engañemos, en muchos otros ambientes de otras naciones del mundo) suenen como ingenuos o irreales estos anhelos éticos, pues ante la responsabilidad que implica actuar con conciencia, muchos prefieren evadir el deber y, como se dice coloquialmente, “hacerse los locos”, o los desentendidos. Pero un ser humano digno de tal nombre no debe hacer tal cosa. Kant cita a este respecto un verso de Horacio que me parece particularmente feliz: *iSapere aude!* “¡Atrévete a saber!”. Lejos de decir: “No quiero saber, no me quiero involucrar, etc.” Debemos asumir nuestra vocación humana e interesarnos por curar la situación en que vivimos. Solo así será la libertad no un privilegio cómodo y superficial, y por ende, muy frágil y hasta corruptible, sino que será ella algo bien ganado con responsabilidad y esfuerzo.

Esta es para mí la mejor lección de Kant, del Kant humanista, que llegó a esa conclusión tras años de forzar su cuerpo, su mente y su circunstancia, para alcanzar una vida con sentido y verdad. Esto que él hizo, todos lo podemos hacer, y exigir de cada uno la responsabilidad del uso de la razón es lo que, mejor que candidatos y componendas, nos puede librar de las tiranías y nos puede llevar de los problemas que enfrentamos, que son triviales, a otros problemas y dificultades que estén a la altura de seres con mayor dignidad humana. Considero que esta noción de nuestra responsabilidad sobre lo que pensamos del mundo es, sino el mayor legado de Kant a la humanidad, uno de sus aportes más valiosos para la construcción de nuestro carácter y humanidad.



REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº ESPECIAL 2024 - IMMANUEL KANT. 300 AÑOS

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en noviembre de 2024,
por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

**www.luz.edu.ve www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org**